

hemos de amar á Dios sobre todas las cosas? Y que amamos, si á esta bondad no amamos? Que tenemos, si á esta magestad no tenemos? A quien servimos, si á este Señor no servimos? Paraque nos dió la voluntad, sino para amar el bien? Pues si Dios es el sumo bien, porque no le abraza nuestra voluntad? Porque tenemos en ménos al Criador, que á las criaturas? Porque le despreciamos y ofendemos por un vil interes, por un vano pundonor, por un torpe deleyte? ¡Que ceguedad! ¡Que locura! Alumbrad, Dios mio, nuestros entendimientos con una porcion de aquellas luces con que alumbrasteis el entendimiento de vuestro amado Discípulo. Encended nuestras voluntades con una centella de aquel fuego, con que encendisteis su voluntad; paraque conociendo nuestra miseria, digamos arrepentidos, que nos pesa de haber pecado. Perdonadnos, amabilísimo Jesus, perdonadnos por vuestra bondad, y por vuestro amor. Admitidnos á vuestra gracia, paraque amándoos en esta vida hasta la muerte, os veamos reynar en la otra con el Padre y con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

## DE LOS SANTOS INOCENTES. (\*)

*Herodes occidit omnes pueros, qui erant in Bethlehem, & in omnibus finibus eius, á bimatu & infra. Math. cap. II.*

**N**o pueden celebrarse las victorias sin llanto de los que perdiéron las batallas. No pueden curarse las llagas, sin que se dilaten las heridas. No puede satisfacerse el agravio, sin que se acuerde el motivo de la ofensa. Pero ¿han de ser irreconciliables los odios? ¿Han de quedarse incurables las heridas, y sin el debido aplauso las victorias? Bien puede suavizarse un mal, sin quitársele el horror que se merece. No es adular referir con moderacion un delito: porque no es preciso añadirle circunstancias sangrientas, para reconocerle detestable. No permitia la antigua Roma en las guerras civiles, aun en las mas justas y necesarias, la gloria del triunfo á los vencedores: porque seria espectáculo funesto ver los trofeos manchados con sangre de sus propios ciudadanos: *Lugubres semper*, dice Valerio, *existimatae victoriae sunt: utpote non externo, sed domestico partæ cruore*. Por eso buscó César en Mauritania y Egipto materia á sus triunfos; y aunque juntamente con estos bárbaros fuéron vencidos los parciales de Pompeyo, solo aquellos arrastráron el carro de su triunfo.

Nn 2

2

(\*) Predicado en la Metropolitana de Valencia á 28. de diciembre de 1735 con las circunstancias de 40 horas, de accion de gracias por la victoria de Villaviciosa, y de desagrazios.

Lib. II. c. 3. n. 4.



2 Tuvo, señores, gran parte de civil la guerra, que oprimió á España al principio de este siglo. Con esto, aunque no tuvierais otra noticia de ella, se os representaria harto lamentable su memoria. Con todo es fuerza acordarla, para celebrar hoy una de las mayores victorias, que consiguiéron las armas de nuestro gran Rey y católico Monarca Felipe V. Pero me valdré del arbitrio de César, buscaré en Inglaterra, Olanda, y en el septentrion, quien arrastre el carro de su triunfo. De allá viniéron rebeldes á Dios y á su legítimo rey, á sembrar en España la semilla de una y otra infidelidad. No cogiéron los frutos que esperaba su malicia; pero lograron que fuera España campo de batalla á todas las naciones de Europa; y pretendieron introducir sus infames vicios, mezclados con los males que produce la guerra. Padecia España quanto las armas tienen de injusto, de cruel y de violento. Ya los malvados exemplos de los soldados pasaban á ser costumbres de los paysanos. Ya no se hallaba equidad en los juicios, buena fe en el comercio, fidelidad en los matrimonios, concordia entre los ciudadanos, amistad entre los vecinos, respeto á las leyes; ya se disminuia el conocimiento de la religion, ya faltaba la práctica de la piedad; ya no se contenia la insolencia en los términos de lo profundo, ya llegaba á ser sacrilega, atropellando quanto tiene de mas venerable y sagrado nuestra religion; ya era infinito el número de los agravios y ofensas de nuestro Dios. El mismo estrépito de las armas confundia el apacible canto de las Iglesias. ¿Y en quantos pueblos estuviéron ellas cerradas por mucho tiempo, é interrumpido el ministerio del Santuario? ¿Quantas veces se profanaron los templos, y se mancharon sus paredes con la sangre de sus propios ministros? ¿Que respeto se tenia al Sacerdocio? Los Eclesiásticos mas venerables eran el oprobio y el escarnio de la mas vil canalla, que se valia de la ligereza de algunos, para pretextar el desprecio de todos.

3 Nunca con mas propiedad tuvo la iglesia de España el renombre de paloma, que le da Salomon en sus cánticos<sup>1</sup>: *Columba mea in foraminibus petrae*: pues nunca gimió mas, oprimida de la violencia: *Nihil tam amicum gemitibus, quam columba*, dice Agustino, *die noctuque gemit*<sup>2</sup>. Pero valian tanto los gemidos y los llantos, quanto pueden á juicio del profeta<sup>3</sup>, las candidas palomas del Epiro contra la voracidad de las rapaces águilas.

4 No tenia lugar, señores, la piedad y la lástima entre el bélico furor de las armas. Parece, que los bárbaros del Norte (séame licito llamarlos así, no tanto por la disonancia y aspereza de sus lenguas, como de sus ánimos) parece, digo que tenían poderes del abismo, para acabar con España; y aun querian persuadirnos que era del cielo su comision, como allá los soldados de Sennachêrib á los Jerosolimitanos: *Dominus dixit ascende ad terram hanc, & demolire eam*<sup>4</sup>. Como os atreveis, decian ellos, á resistir á nuestro gran poder? En que confiáis afeminados cobardes Españoles? *Quae est ista fiducia, quâ niteris*<sup>5</sup>? Verdad es, os responderé, insolentes, que el cielo os envia, para castigo de España. Verdad es, que está la Magestad de Dios ofendida de nuestros delitos, y de los de nuestros padres. Verdad es, que degeneraron los Españoles del antiguo valor de sus Godos. Verdad es que era España en el siglo pasado la ignominia de Europa. Preciso es que se pierda, para que renazca mas gloriosa, como el Fénix de sus propias cenizas. La quiere el cielo arrependida, pero no arruinada. Yo protegeré á España, diria Dios, por mí mismo, y por la mejor hija de David, mi madre María, su especial Abogada: *Protegam urbem hanc . . . propter me, & propter David servum meum*<sup>6</sup>. Se volverán los bárbaros, como allí los Asirios por

<sup>1</sup> Cant. II. v. 14. <sup>2</sup> In. Psal. LIV. <sup>3</sup> Eccl. IX. v. 12.  
<sup>4</sup> IV. Reg. XVIII. v. 25. <sup>5</sup> v. 19. <sup>6</sup> IV. Reg. XIX. v. 34.



por el mismo camino que viniéron, *Per viam, qua venit, revertetur.*

5 Y para que mas aparezca, señores, la proteccion de Dios y de su Santísima Madre, acordaos del infeliz estado en que se hallaba España al año de diez. Nuestro Rey retirado en los montes de Cantabria con las reliquias de su ejército derrotado en Zaragoza; del todo destituido de los socorros de su aliada la Francia; su corte ocupada de los enemigos; se le caia ya de sus sienes la corona. Quando veis aí de repente, que despertan los Españoles del letargo, dexan los arados, para empuñar las espadas, dan á entender á la Europa, que estaba su valor dormido, pero no muerto, que jamas son visos, que son ya en la cuna soldados veteranos. Recuperan la corte, atacan, y sorprenden en Viruega una columna del ejército enemigo, se oponen y baten en los campos de Villaviciosa un ejército formidable, no tanto por el número, como por su disciplina militar, y por la sabia conducta de su general, uno de los mas acreditados de Europa.

6 Nunca amaneció el sol mas risueño para España que el día diez de diciembre: pues sus luces, despues de una noche llena de horror y de espanto, descubrieron el campo de batalla desamparado de los enemigos. Aunque no fuéron tantas las muertes, que causáron los Españoles en sus enemigos, como el ángel en los Asirios, fué igual la felicidad, igual la gloria: pues ellos solos en fuerza de esa victoria extermináron de España uvas tropas hechas á vencer en las márgenes del Rin y de la Mosela todo el poder de la Francia. Ni fué tampoco mayor el gozo del piadoso rey Ezequías, que él de nuestro católico Monarca al ver libre á España de la opresion, y fixa en sus sienes la corona. Y á mí, por Español, me arrebatá el gozo, al representármese esta batalla arriesgada, sangrienta,

y decisiva de una tan larga guerra ganada, con el valor de los Españoles, sin auxilio de tropas estrangeras. Parece que estoy oyendo á nuestro ejército, que en Español clamorea, victoria, victoria. Parece que... pero no, no haga yo, como allá Ezequías, vana ostentacion de una victoria, que la piedad de nuestro rey atribuyó al gran Dios de los batallas. No suspenda yo con profanos aplausos el sacrificio, que en esas aras está para ofrecerse en accion de gracias, por aquella victoria, y en desagravio de la Magestad de nuestro Dios tan ofendido en la pasada guerra.

7 Solo ese sacrificio, en sentir del Chrisóstomo, puede ser digna recompensa á tanto beneficio, justa satisfaccion á tanta ofensa. En él se comprehende ó se epiloga toda la diversidad de los sacrificios de la ley antigua. Es sacrificio *latréutico*, porque por él tributamos á Dios, en reconocimiento de su supremo dominio, la adoracion mas perfecta. Es *propiciatorio*, porque nos reconcilia con Dios, y aplaca su divina indignacion. Es *impetratorio* porque nos alcanza de la divina piedad todos los bienes que conducen á nuestra salvacion. Y finalmente es *eucharístico*, porque es la mas cumplida accion de gracias por los beneficios que debemos á la liberalidad de nuestro Dios. No es, señores, el sacrosanto sacrificio del Altar esa Hostia que veneramos patente en esas aras, sino la accion con que el Sacerdote, como ministro de Christo, consagra ese Sacramento, ofrece á Dios esa preciosa víctima, esa oferta, y oblacion inmaculada, de quien en espíritu profético dixo Malachías, que se exponia á la pública veneracion desde la mañana hasta la tarde: *Ab ortu solis, usque ad occasum. . . . Offertur nomini meo oblatio munda*. El cumplimiento de esta profecía debió Valencia á la piedad de nuestro prelado el señor don Fr. Tomas de Rocaberti de gloriosa memoria, que



instituyó el exercicio de las quarenta horas, para que tuviera Christo Sacramentado un culto perenne, y nosotros una prenda segura del divino agrado. No teneis propicia mi voluntad, dice el Dios de los exércitos por Malachías, á los hereges del Norte, pues me negais esta víctima, este sacrificio: *Non est mihi voluntas in vobis dicit Dominus exercituum* <sup>1</sup>. Sois precursores del Antichristo: porque anticipais su impiedad profetizada por Daniel, impidiendo en vuestros dominios este sacrificio, esta alabanza perenne: *Cum ablatum fuerit jure sacrificium* <sup>2</sup>. Persigan, pues á estos sacrílegos las gloriosas armas de nuestro rey, despues de la victoria que oy celebramos. No vean nuestros ojos tal abominacion. No sufra la nacion Española en su pais delitos tan enormes. Arroje España de su seno estas vívoras, que inficionan y matan con el aliento.

<sup>8</sup> Gustoso, señores, me detuviera en referiros las conseqüencias de aquella victoria; pero seria olvidar-me del principal asunto de mi oracion. Esta debe ceñirse ya á las cláusulas de nuestro Evangelio, que nos propone, en el martirio de los santos Inocentes, otra batalla mas sangrienta, otro triunfo mas glorioso. *Herodes occidit omnes pueros, qui erant in Bethlehem, & in omnibus finibus eius, á bimatu & infra*. Quitó Heródes la vida á todos los niños menores de dos años en la ciudad de Bethlehem y en todos sus confines. En este suceso reconoce san Agustin igual la misericordia de Dios á la crueldad de Heródes <sup>1</sup>: *Quantum in Beatos Parvulos, dice el santo Doctor, iniquitas abundavit; tantum in eis gratia benedictionis refudit* <sup>3</sup>. En recompensa de la vida mortal, que les quitó un Tirano, les dió el Señor una inmortal corona. Nunca se vió mas delinqüente el furor, ni mas feliz y gloriosa la inocencia. Bien tendrá en la primera parte de mi oracion justo objeto vuestro enojo; y en la segunda,

<sup>1</sup> v. 10. <sup>2</sup> C. XII. v. 11. <sup>3</sup> Ser. III. de Innocens. qui nomine. Aug. circumferetur.

asunto digno de vuestra envidia y veneracion, si yo acierto á decirlo, y á merecer que me atendais.

Primera parte.

<sup>9</sup> Son los reyes de la tierra imágenes muy propias del rey de los cielos. En ellos resplanden muchos de los divinos atributos, el poder, la justicia, la misericordia. Si todos desearan tanto ser piadosos y justos, como poderosos, no saldrian algunos tan semejantes á su original. Parece, que algunos solo quieren imitarle en el poder, y aun no contentos con ser poderosos, aspiran á ser omnipotentes. O infelices, que os engaña vuestra vanidad, é incurris en la ignominia de tiranos! Y mas infeliz que todos Heródes rey de Judea que no pudo cohonestar con la ignorancia su tiranía. Sabia muy bien, que Dios mas ostenta su poder con la misericordia, que con el rigor, y que segun dice el Sabio, por ser supremo Señor de todo lo criado, á todos perdona: *Et ob hoc quod omnium Dominus es: omnibus te parcere facis* <sup>1</sup>. Pero no ajustaba él su gobierno á estas máximas de piedad, queria parecer ántes monstruo de impiedad, que imagen del Dios verdadero, que como hebreo, adoraba, ó afectaba adorar: porque en realidad era en su corazon del número de aquellos ignorantes ateistas, que se atreven á negar toda Divinidad: *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus*. No tuvo otro Dios que sus propias pasiones, otra regla, que su capricho, otra ley que su voluntad, cantaba ufano lo que el otro: *Sic volo, sic iubeo, sit pro ratione voluntas*.

<sup>10</sup> Toda su vida, señores, fué una serie de injusticias y de crueldades, que sirviéron como de ensayos á

Tom. II.

Oo

la

<sup>1</sup> Sap. XII. v. 16.



la mayor tragedia, que mandó representar hoy en el teatro de Bethlehem. Despues de haber usurpado el cetro de Judá á su legitimo rey y señor Antígono, le quitó ignominiosamente la vida. Roma, que se gloriaba de tan ciuil, executó por su respeto la mayor barbaridad. No habia visto hasta entónces á los reyes en los cadalsos, y Marco Antonio, por complacer á Heródes, fué el primero de los romanos, como escribe Estrabon<sup>1</sup>, que manchó con la real sangre las segures. Ninguno mejor que Heródes practicó aquella máxima celebrada, de que las monarquías se conservan con las mismas artes, con que se estableciéron; pues si subió al trono por las gradas de la mayor atrocidad, se mantuvo en él con las armas del mayor rigor. La clemencia, dice Salomon, es la guardia mas fiel de la magestad de un rey: *Roboratur clementia tronus regis*<sup>2</sup>. Y Heródes fué el primer rey de Judea, que fió su guardia á soldados bárbaros estrangeros, para que fueran ministros executivos de su crueldad. Pero no por eso se libró de los sustos, que trae consigo la tiranía. Era su propia conciencia su mayor verdugo. Reconocia á muchos ofendidos, y quitaba la vida á quantos podían vengar sus ofensas. De esta suerte, eslabonando un delito con otro formaba una pesada cadena, que oprimia las cervices de sus vasallos. Y quando no tenia á quien temer, se temia á sí mismo; padecia la pena, que señala Salomon á los impios: *Fugit impius nemine persequente*<sup>3</sup>; huia sin que nadie le persiguiera; el menor ruido, su propia sombra le asustaba.

II Lo mismo fué oír, que tres reyes de Oriente preguntaban por el recién nacido rey de los Judíos, que llenarse de horror y miedo: *Audiens Herodes rex turbatus est*<sup>4</sup>. Sospechó, dice Bernardo, que enviaba el cielo un sucesor, que residenciándole, le diera el casti-

<sup>1</sup> Apud. Ios. lib. xv. v. 1. <sup>2</sup> Prov. xx. v. 28. <sup>3</sup> C. xxxviii. v. 1. <sup>4</sup> Math. ii. v. 3.

tigo correspondiente á la tiranía de su gobierno: Vengan, dixo, vengan los príncipes de los sacerdotes, los Escribas del pueblo, los sabios de la ley, que quiero saber la patria que señalaron los Profetas á este nuevo Príncipe; los mismos Magos, que vienen á jurarle obediencia, serán mis espías; con su aviso partiré á sepultar en la cuna este sol que nace á eclipsar mis glorias. No es bueno, diria Heródes, que he quitado la vida á Antígono, á Hyrcano, á Aristóbulo, á Alejandro, á mi querida esposa Mariamne, y á los dos hijos que engendré en ella, para acabar con la regia sacerdotal estirpe Macabea, y con mis sustos; y ¿ahora sale la familia de David á suscitar sus antiguos olvidados derechos á mi corona? No ha de sufrirlo mi superior tiranía. No soy del número de aquellos tiranos, que chupan como viles sanguijuelas, la sangre popular ménos noble; soy tigre de Hyrcania, que me cebo en la sangre real mas ilustre. Yo me alegro de hallar nueva materia á mi fiereza. ¿Piensa el cielo burlar mi enojo, con prevenir á los Magos, que no buelvan á darme noticia del recién nacido? No, no. Yo, si que burlaré sus cuidados. ¿No ha nacido en Bethlehem de algunos meses á esta parte? Pues mueran no solo en Bethlehem, sino en sus confines todos los niños menores de dos años: veremos, como se libra de mis manos este nuevo príncipe. El mismo cielo ha de arrepentirse de haberlo proclamado rey, y de haber celebrado con luminarias su coronacion.

12 Pero suspende, ó Tirano, las iras; no temas, que te quite la corona el rey que nace: porque has de saber que su reyno no es de este mundo: *Regnum meum non est de hoc mundo*. Repara que los Magos no tanto le reconocen rey como Dios; su venida mas es acto de religion, que de obediencia: *venimus adorare eum*. Entre los dones le ofrecen incienso, debido á

Oo2

sola

<sup>1</sup> Ser. 3. de Epiph. <sup>2</sup> Juan. xviii. v. 39.



sola la divinidad; no se extiende á ella tu jurisdicción; y será infructuosa tu crueldad. Estas razones podían templar á otro, que á Heródes; él ya no era cruel por ambición, lo será por naturaleza. Se hallaba ya entonces postrado en una cama, sin esperanzas de vida; y entre lágrimas y suspiros rogaba á sus parientes, que, apenas espirara, mandaran degollar á los más nobles de sus vasallos, que á este fin tenía encerrados en el circo para dexar á Judea anegada en lágrimas. No habeis oído decir que el cocodrilo llora en las márgenes del Nilo, para que atraídos los hombres de la lástima sean pasto de su fiereza: pues no de otra suerte Heródes, fiero cocodrilo, se valía de los lloros, para saciar su crueldad. Trocaba los afectos, invertía el orden de la naturaleza, queriendo, que las lágrimas, destinadas á aplacar las iras, incitaran al mayor furor. Ni fiaba todo el cumplimiento de su bárbaro testamento á sus albaceas; mientras pudo articular las palabras, no se oían otras veces, que mueran, mueran, siendo de las últimas, muera mi hijo Antipatro. Bien pudo dudar Roma, si acabó antes en Sila la crueldad, ó la vida; que no dudará Judea, que Heródes extendió su crueldad más allá de los términos de la vida.

13 Este era el curso regular de este sangriento caudaloso río de crueldad; estos rigores no se estrañaban ya por repetidos; y no eran ellos bastantes á quitar la vida de los Inocentes. Para tanta inundación de sangre es menester que salga de madre este río; para tan horrible estrago es menester que se irrite Heródes más de lo ordinario: *Herodes iratus est valde*. No pudo el Evangelista manifestarnos el horror de este suceso con más viveza ni concisión, que diciéndonos en dos palabras: *Herodes iratus valde*. Esta nube preñada de cólera rebienta ya, y arroja quince mil rayos contra las vidas de quince mil Inocentes: *Mittens, occidit omnes pueros*. El cielo tiembla al ver Heródes enfurecido,

do, entre el polvo y la sangre de aquel conflicto se turban de miedo los ángeles, dice el Crisólogo: *Furente terra celum trepidat, volitante pulvere, pavore turbantur Angeli*<sup>1</sup>. Y no es mucho que conmoviera estos afectos en los cielos y en los ángeles un espectáculo tan horrible: porque allá llegaban los lamentos y los sollosos de las madres, y de los hijos; allá subía la leche mezclada con la sangre de estos tiernos corderos como primicia de los frutos de la redención del mundo.

14 Los padres más eloquentes de la Iglesia, el Chrisóstomo, el Niseno, el Chrisólogo, Agustino, Basilio, y Bernardo agotaron los raudales de su facundia para representarnos esta tragedia. Y creo, que vuestra sola imaginación bastará á llenaros de horror y espanto. Pensadlo, señores, pensadlo, mientras yo os demuestro los excesos de la cólera de Heródes por los efectos, por los medios de que se valió el ángel, para librar á Christo del estrago. Toma, le dixo al patriarca Joseph, al niño y á su madre, y huye á Egipto: *Accipe puerum & matrem eius & fuge in Ægyptum*<sup>2</sup>. Que es esto, te preguntaré con el Chrisólogo, celestial consejero? El capitán más valeroso, el batallador más fuerte, el rey más invicto, el mismo Dios, que tomó el nombre de los ejércitos y de las batallas, ha de executar una acción tan indecorosa á los ojos del mundo? Ha de huir de Heródes, vil Idumeo? *Fuge in Ægyptum*. ¿No ha de haber en el templo un sagrario, que sirva de asilo á este sumo sacerdote? ¿No hay montes, no hay cuevas en Engaddi, que oculten á este hijo de David, como á su padre, quando perseguido de Saul? ¿No ha de haber en los contornos de Israel alguna piadosa viuda, que le recoja en su casa, como al profeta Elías? ¿Que? Ha de huir? ha de huir á Egipto? *Fuge in Ægyptum*. ¿Tierra de tan funesta memoria.

<sup>1</sup> Serm. 750. <sup>2</sup> ser. 151. <sup>3</sup> 1. Reg. xxiv. <sup>4</sup> 3. Reg. xvii.



moria para los Israelitas; en donde es de temer, que algun Pharaon le persiga, como al otro libertador del pueblo de Dios, Moyses? Es segun veo, Heródes mas bárbaro, que los Saules, los Acabs, las Jezabeles, y los Pharaones: pues huye un hombre Dios de su crueldad, y no tanto huye de miedo, como por no ver un semejante monstruo: *Quem Christus, non ut evaderet, sed ne videret, aufugit.*

15 Y vos, ó buen Jesus; os preguntaré con el mismo Chrisólogo, ¿bien tomáis el consejo del ángel vuestro ministro? ¿Bien desamparais, caudillo del pueblo de Israel, á vuestro ejército de tiernos soldados Inocentes? ¿No os obliga la lástima, ó la honra á defender á los Bethlehemitas, que mueren por Vos, y por ser paisanos vuestros? ¿Estos son los ensayos de vuestro valor, de vuestro imperio<sup>1</sup>? ¿Vos sois el Salvador del mundo, como dixéron los ángeles pocos dias ha en vuestro nacimiento? ¿Esta es la paz, que ellos publicáron? Los gemidos que percibis de las afligidas madres muevan vuestra piedad al socorro, ó vuestra justicia á enviar un fuego del cielo, como allá en tiempo de Elías, que acabe con Heródes y con los bárbaros ministros de su crueldad. Pero no; huiga nuestro Dios á Egipto, lllore Rachél sus hijos, para que se cumplan, con las profecías de Oseas, y Jeremías, los arcanos decretos de la Divina Providencia. Experimenten los Inocentes los excesos de la cólera de Heródes: *In beatos parvulos iniquitas abundavit*: para que perdiendo la vida, alcancen la corona del martirio. Será el premio superior al tormento; excederá la liberalidad de Dios, como vereis en mi segunda parte, á la saña y furor del tirano: *Gratia benedictionis refudit.*

<sup>1</sup> Chrisol. ser. 152. <sup>2</sup> ibidem. <sup>3</sup> Luc. xi. v. 11. & 14.

Segunda Parte.

16 Ceda el llanto al regocijo, ocupe en vuestros corazones la alegría el lugar del sentimiento, olvidad la fiereza de Heródes. Apartad los ojos de los regazos de las madres, en que yacen despedazados sus hijos. No fixeis ya la vista en la tierra de Bethlehem, bañada de horror y sangre; fixadla en el cielo, y veréis baxar palmas y coronas, aparato para el primer y mayor triunfo del christianismo. Mirad, como suben con Christo coronados los Inocentes. Oid, como les cantan los ángeles himnos de alabanzas. Sea mil veces enhorabuena, dicen, ó primicias, ó flores de los Martires! *Salvete flores Martirum.* Venid soldados de la guardia de Christo, á acompañar á vuestro General, que sube triunfante á los cielos. O! que aplausos resonarian en la corte celestial, al descubrir á Christo, que subia en una carroza de luces, de quien pendian, como trofeos y despojos, la muerte, el pecado, los infiernos vencidos en la batalla de la Cruz! O que gloria para nuestros Inocentes ir inmediatos al carro del triunfo, como compañeros en la victoria! Los ángeles mismos, si fueran capaces de envidia, la tuvieran, al verlos ocupar, como los vió Juan en el Apocalipsis, el primer lugar, junto al trono de magestad, en que se colocaba el cordero immaculado: *Sine macula sunt ante tronom Dei*<sup>1</sup>.

17 O dicha la mayor de los Inocentes, ó liberalidad inmensa de nuestro Dios, que á su favor dispensa, y como que atropella las mas sagradas leyes de su justicia! Nadie se corona, sin que antes pelee, con esfuerzo: *Non coronabitur, dice Pablo, nisi qui legitime certaverit.* Solo combate el que resiste: la resistencia nece-

sita

<sup>1</sup> Apoc. xiv. v. 5.



sita de corage, de libertad, la libertad del uso de la razon; en los santos Inocentes ni hallamos uso de razon, ni libertad, ni corage, ni resistencia, ni batalla, y con todo celebramos su triunfo, los veneramos mártires privilegiados, primeros mártires de Christo, y reconocemos en ellos los excesos de la Divina Misericordia: *Gratia benedictionis refudit.*

Si preguntáis á Dios, dice Bernardo, por los méritos de los Inocentes, para coronarles; sabed ántes de Heródes sus delitos, para condenarles. ¿Por ventura ha de ser mayor la impiedad de Heródes, que la piedad de Christo paraque aquel pueda inocentes condenarles; y Christo no pueda, muertos por su causa coronarles? Sea mártir Estévan para con los hombres: pues padeció el martirio á vista de todos. Sea mártir Juan para con los ángeles: pues ellos, como espíritus pudieron registrar los fervorosos impulsos de su caridad. Pero sean los Inocentes, concluye Bernardo, mártires tuyos, ó buen Dios, paraque no descubriendo en ellos mérito alguno los hombres y los ángeles, resplandezca mas el privilegio y la prerrogativa de tu gracia: *Ut in quibus nec homo nec angelus meritum invenit, tuæ gratiæ prærogativa evidentius commendetur.*

18 Solo Dios pudo entender el language, conque los Inocentes confesáron, muriendo, su Divinidad. Las sangrientas heridas y los ojos fuéron las bocas; la sangre y las lágrimas fuéron las lenguas que publicáron los tiernos afectos de sus corazones, inflamados de una ardiente superior caridad. Las lágrimas son el mas retórico silencio, la sangre es la eloqüencia mas persuasiva en el tribunal de Dios. Famoso poeta, y célebre orador era David, y no se valió de la elegancia de sus versos, ni del ornato de sus cláusulas para conciliarse la divina piedad, valióse de las lagrimas y no contento con que Dios las viera derramar de sus ojos, le pedia que las percibiera con sus oídos: *Auribus per-*

<sup>1</sup> Serm. de Inocens.

*cipa lacrimas meas* <sup>1</sup>. Mas fió la defensa de su causa á sus lágrimas, que á sus palabras: *Maluit, dice Ambrosio, causam flere, quam dicere.* Si tanto pueden con Dios las lágrimas; quanto mas eficaz ha de ser la sangre inocente? El cielo se conmueve, la Magestad de Dios dexa su trono á los clamores de la sangre del primer inocente del mundo: *Vox sanguinis fratris tui Abel clamat ad me de terra.* Y baxa á intimar al pérfido Cain la sentencia de condenacion eterna. Escuchad, pues, Dios mio, las lágrimas, y la sangre de nuestros Inocentes. David y Abel ni lloráron, ni murieron por vuestro Hijo: los Inocentes lloran y mueren por su causa: vengad pues en Heródes su impiedad; coronad en los Inocentes su martirio.

19 ¿Que príncipe justo en el mundo niega, ó dilata el premio al valeroso soldado, que le representa, no en un papel sus hazañas, sino en su cuerpo las heridas? Ellas son la recomendacion mas poderosa. Y si á esto se añade el haberlas recibido, no peleando en la campaña por la gloria de su nombre, ó por la extension de sus conquistas, sino en defensa de su misma persona, ¿quien se atreverá á negarle el mas alto grado de honor militar? ¿Quien se atreverá á disputarle el primer lugar en la gracia de su príncipe? Díganlo los laureles, con que coronó Alexandro la cabeza de Clito por haber cubierto con el escudo la suya en la batalla del rio Granicia Dígalo la estatua que erigió Roma á Horacipocóclito, por haber él solo con la espada defendido el puente del Tiber contra el ejército de los Etruscos; que vencedor amenazaba la última ruina de Roma y de su imperio.

20 Si así premian los reyes del mundo, cuya liberalidad, cuyo poder es limitado, que premio dará á los Inocentes el Rey de los reyes, infinitamente liberal y poderoso? En la muerte de otros mártires se interesaba sola la fe de Christo, y la gloria de su nombre.

<sup>2</sup> Psal. xxxviii. v. 13.